



obras de
MOROSOLI

HOMBRES

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL



R

HOMBRES

J. J. MOROSOLI



**INSTITUTO DE
PROFESORES "ARTIGAS"**

Nº de
Invent.

44311

Prólogo y notas de
Heber Ravlola

Con el prólogo de
Francisco Espínola
a la edición de 1942



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

Prólogo a la edición de 1942

Con sus dos libros de cuentos, "Los albañiles de los Tapes" y este "Hombres" que hoy difunde la editorial Culturamericana, su autor, el uruguayo Juan José Morosoli, se sitúa, en mi concepto, entre los más notables narradores sudamericanos de nuestros días. Su originalidad hace inconfundible cualquier página suya. Yo no conozco antecedentes de esta manera de contar tan sugestiva, donde la frase, breve, de un vigor que raya en dureza, adquiere, asimismo, una fineza y una multiplicidad de matices extremas. Parecen mordidas en piedras sus figuras inolvidables. Y, sin embargo, de esas superficies talladas como a cincel fluye hasta el fondo del alma que las anima, para bañarse, tan ásperas, en un hábito de ternura conmovedora.

Es particularísimo su procedimiento de composición. Y consigue con ello una síntesis extraordinaria. Rara vez sus cuentos ofrecen la sucesión normal y completa del tiempo. Morosoli hace confluír distintas horas de las vidas que plinta sobre el momento de la narración. Este constituye generalmente un punto fijo, de escaso movimiento. Cuando se adelanta, lo hace dejando bruscas soluciones de continuidad. Y el autor superpone y envuelve ese momento elegido con situaciones pasadas, sin orden cronológico, dispares, siempre pequeñas, capaces de haber pasado inadvertidas y que recién adquieren su verdadera significación al situarse, saltando en el tiempo, junto a las que las explican, a la vez que ellas mismas se constituyen en reveladoras, también.

Manejo tan audaz del orden del acontecer, le permite llegar a dar hasta lo más íntimo de una psicología sin el fácil y habitual procedimiento de que el autor la explique y sin necesidad, tampoco, de tomar un más extenso período de circunstancias donde el espíritu, al actuar, vaya revelando su signo. Algunos escritores ex-

tremadamente exigentes, en el afán de no tomar entre los hechos sino aquellos de real importancia, fatalmente separados en el suceder y mezclados con los innumerables que han nacido juntos pero vacíos de significación, trabajan por momentos en una especie de tiempo ideal. Mediante hábiles asociaciones, hunden al personaje en las zonas de los recuerdos, donde reina un casi presente. Lo de nuestro narrador es otra cosa. Salta de un momento a otro bruscamente. Y eso le permite abarcar, en mayor grado todavía, una gran extensión de tiempo en espacio muy corto. En el ancho tapiz del acontecer, él hará cortes secos y adosará los trozos elegidos en un orden nuevo, logrando una visión más esencial.

De ahí que sus escenas generalmente resulten casi inmóviles. Como el gran retratista, Morosoli trae horas de todas partes y les arranca la brizna reveladora para fijarla en sus figuras, logrando así una estupenda vitalidad que nos subyuga. El no deja correr el tiempo, lo detiene. Cuando éste recobra su curso, es ya el fin.

Tal el secreto del extraño carácter de sus narraciones, que tienen más todavía de la escultura que de la pintura. De ahí esa iniciación de sus cuentos, ese estar de golpe en lo fundamental, que sorprende y apasiona al lector. Todo, entonces, aparece macizo y sustancial, sin resquicios blandos, porque ese procedimiento narrativo le ha permitido arrojar el lastre de todo lo que sea conexión de partes con su inevitable introducción al plano expresivo de los elementos intermedios y adyacentes no fundamentales. Extraídos con limpieza zahorí de aquellos sitios del tiempo en que nacieron y yacían, los elementos presentan ahora una nueva armonía, reconociéndose en su intrínseca relación, sin importar la distancia a que hayan sido producidos.

¡Y qué seres nos revela Morosoli en ese hormiguero humano de sus libros! Idos a buscar entre las capas de la sociedad más desheredada de la fortuna, casi nunca nos señalan ellos un panorama de esperanzas más o menos próximo, ni se les advierte un gesto de rebeldía. Curvados sobre la vida, se acomodan lo mejor que pueden sin turbar o estorbar, y se conforman con poco. El prolongado acorralamiento se les ha hecho cosa natural. No odian, no ambicionan, no envidian. Este orden abrumador de nuestro existir les parece tan inmutable como el fondo de rocas de que se suelen rodear. A veces, ciertas palabras, cierto tratamiento de grave urbanidad entre ellos —de una inadecuación casi chaplinesca o, mejor,

que podría hallar un eco entre los autores picarescos del Siglo de Oro— traen una idea del mundo superior de donde descienden. Mas en ellos no es el afán, como en los casos citados, de situarse con la imaginación en una existencia ajena y añorada, bajo el reclamo de la vida que no se resigna a desvirtuarse. No. Es la inercia de algo que todavía les permanece, pero sin conexión ya casi con su mente, lo que hace esas súbitas intromisiones. El respeto por sí y por los demás opera todavía en ellos. De ahí que casi nunca sean delincuentes ni viciosos, maneras de la disconformidad. Ni se aferran tampoco al mástil de las guitarras, ni se congregan en su torno, como tantos que flotan su agonía por innumerables páginas de la narración rioplatense. Sobre esa gris desolación no resplandece otra cosa que el permanente amor intenso y esa sonrisa del corazón de Morosoli, que aparece, de cuando en cuando, como barriendo con santidad nazarena el suelo que ellos huellan. Sin preguntas y sin otros sueños que los de entibiarse al rescoldo de la amistad y del amor—que exigen tanto recibir como entregar, cuyo bien está en la reciprocidad colmada, en un quedar a mano, siempre—, estos hombres dan ganas de llorar.

Ese Andrada que los domingos podría ir a "rebuscarse" o "también dir a misa", pero que busca el monte y se tiende a mirar hacia arriba "a favor de la tierra" hasta que muere sin saber qué le pasó una vez y para siempre a su vida luego de haber perdido la compañía cordial de su amigo Acuña, quien le dió al partir, para justificarse, echándole en cara su mutismo: "Hay conversaciones que no se pueden seguir así"; ese Medina cortador de maíz, deshaciéndose en cariño entre el cansancio agotador, "las humedades bárbaras, los sudores terribles, los porotos ardididos, los caldos a grasas violetas", que le terminan a su amigo; ese Barrios y ese Chileno que lo sigue a su casa y se sirve mate y propone cenar y recién después de esto provoca un dulce: "¿Cómo es su gracia compañero?; el Pataseca cuya fúnebre labor de cafonero lo ha puesto entre las cosas, como una más de ellas, fuera de la vida; el Ferreira que vislumbra un instante el sentido de su existencia para cegarse de nuevo en la entrañada obscuridad de sus hermanos; y así Loreta, que desde sus hijos sin padres gusta contemplar el paso de las novias vestidas de blanco; el Justinito de espantosa soledad; esa pareja de "Romance", santificada por su ternura; la Clorinda rescatada de la vida infame "por un hijo de crianza" y los otros, todos, constituyen un mundo que permanece frente al lector para siempre y, sin ellos pretenderlo, le reprochan.

Estos cuadros tendrían una tristeza mortal de no proyectarse sobre ellos la más ardiente adhesión del corazón creador, que nos fuerza a compartirla.

Una sonrisa conmisericordia revolotea entre las imágenes marchitas. Hay aquí un piadoso descenso a los infiernos de la injusticia social. Pero no en la actitud del sociólogo o del propagandista político, sino en la primaria de una solidaridad a pecho descubierto, donde tal vez consigue el arte su más eficaz influencia. Revelación del dolor, incitación, con el propio ejemplo revelado, a su compartimiento en el fondo del alma. Las soluciones vendrán después. Pero su urgencia se acentúa cuanto más se presenta el problema y más honrada e íntima vinculación a su causa se ponga de manifiesto y se obliga a aceptar.

En este sentido, Morosoli ha agregado al mérito exclusivamente artístico de su producción —si se pudiera delimitar con claridad lo artístico puro— otro igualmente valioso circunscripto a la resolución de los problemas sociales que perturban la vida. Qué importa que no señale el camino si nos está agitando delante de los ojos la injusticia que hay que remediar? Discútanse los medios de devolver al hombre la dignidad humana de su existencia. Pero, mientras, que no callen nunca estas protestas que significan extender el campo de acción apreciativa, entre las cuales América no tiene en la actualidad más noblemente concebidas, más magistralmente realizadas que las páginas de "Hombres" entregadas hoy a los públicos del continente para su emoción estética y para su afinamiento moral.

Francisco Espínola (hijo)

INDICE

Prólogo a la edición de 1942, por Francisco Espínola	7
Introducción	11
Andrada	15
Las cortas de maíz	21
El compañero	27
El patagón	32
Latorre	40
Pataseca	45
Ferreira	50
Un hombre	57
Mundo Chico	62
Ciriaco	68
Cabrerita	75
El ruso de la cantera	81
Loreta	85
Cándida	90
Canarios	94
Romance	101
Clorinda	109
Rondadores	116
<i>Apéndice</i>	
La vieja de las yeguas	123
El curandero de la picada	128
Coscoja	133
Vocabulario	139